Cómo estudiar a Foucault desde Francisco Vázquez García: Una guía para aplicar, no solo citar

Sewing, a tool for peacebuilding for women victims of armed conflict in Florencia, Caquetá

Fecha de recepción: 12 de junio de 2026 **Fecha de aprobación:** 26 de agosto de 2026

Juan Manuel Hernández Aguilar[1]

Resumen

Estudiar a Foucault desde Vázquez García implica renunciar a la costumbre tan universitaria de acumular citas como talismanes académicos. Aquí no se trata de invocar al filósofo francés como quien cuelga un escapulario contra la ignorancia, sino de algo más exigente: usar sus herramientas para leer el presente con cuidado, como el artesano que aprecia el martillo solo en la medida en que sirve para golpear donde debe. El gesto central del genealogista, recuerda Vázquez, no consiste en rastrear orígenes gloriosos. Más bien, consiste en atravesar tensiones, fricciones y pequeñas resistencias que conforman las relaciones de poder. Foucault, si pudiera elegir un templo, optaría por un archivo polvoriento antes que por un monumento solemne. Por eso la genealogía sorprende: busca en lo que otros desprecian, en aquello demasiado cotidiano o demasiado incómodo para figurar en un manual.

La arqueogenealogía, por su parte, parece jugar con una ironía tranquila. Es un método histórico que no arranca en el pasado, sino en el presente, un territorio movedizo en el que creemos que todo está claro hasta que alguien formula la pregunta adecuada. Su presentismo es una provocación más que una postura. ¿Tenemos realmente claro quiénes somos o solo estamos repitiendo lo que nuestras instituciones, nuestras categorías y nuestras buenas conciencias dejan pensar? Tomar este enfoque significa aceptar que las identidades, los discursos y las prácticas sociales no son estructuras compactas, sino terrenos en disputa. Las subjetividades no se heredan como una casa antigua. Se construyen, se estiran, se fracturan y, a veces, se incendian. El tiempo no avanza como una flecha que atraviesa el aire. Más bien se comporta como un río que se revuelve y se bifurca, arrastrando consigo sus propias orillas. Vázquez muestra esto con ejemplos incómodos,

[1] Doctor en Filosofía por la Universidad del Valle (Colombia), magíster y profesional en Filosofía por la misma institución. Actualmente es docente de Filosofía en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), donde también lidera el grupo de investigación. Correo electrónico. juan.hernandez@unad.edu.co. Orcid. https://orcid.org/0009-0005-3103-7302

como exige el método: la campaña anticlerical contra la pederastia eclesiástica, la regulación del trabajo sexual, los derechos de las personas intersexuales. En estos casos aparece la dimensión más intrigante del poder. No solo prohíbe, también produce. Crea sujetos, regula cuerpos, inventa normalidades, inspira resistencias que a su vez replantean la forma misma del poder. Así se deshace la explicación simple que imagina al poder como un bloque. El análisis foucaultiano revela algo más inquietante: el poder es menos un edificio y más un enjambre. El texto concluye reclamando para estas metodologías una función crítica. Se trata de comprender las discontinuidades del presente, sus lazos subterráneos y las posibilidades reales de transformación. La genealogía no promete consuelo. Promete lucidez, y eso es mucho en tiempos saturados de discursos bienintencionados y escasos en pensamiento riguroso.

Palabras clave

Genealogía, arqueogenealogía, poder, contraconductas, presentismo

Abstract

Studying Foucault through Vázquez García entails relinquishing the deeply academic habit of amassing citations as if they were scholarly talismans. The task here is not to invoke the French philosopher like someone hanging a scapular to ward off ignorance, but something more demanding: to use his tools to read the present with care, like a craftsperson who values a hammer only insofar as it strikes where it should. The genealogist's central gesture, Vázquez reminds us, does not consist in tracing glorious origins. Rather, it entails passing through tensions, frictions, and minor resistances that shape power relations. If Foucault could choose a temple, he would opt for a dusty archive over a solemn monument. This is why genealogy surprises: it looks where others dismiss, in what is too ordinary or too uncomfortable to appear in a textbook.

Archaeogenealogy, for its part, seems to operate with a quiet irony. It is a historical method that does not begin in the past but in the present, a shifting terrain where we assume everything is clear until someone asks the right question. Its presentism is more a provocation than a position. Do we really know who we are, or are we merely repeating what our institutions, our categories, and our well-intentioned consciences allow us to think? Taking this approach means accepting that identities, discourses, and social practices are not compact structures but contested terrains. Subjectivities are not inherited like an old house. They are built, stretched, fractured, and sometimes set ablaze. Time does not advance like an arrow cutting through the air. It behaves more like a river that eddies and branches, dragging along its own banks. Vázquez illustrates this with uncomfortable examples, as the method demands: the anticlerical campaign against ecclesiastical pederasty, the regulation of sex work, the rights of intersex people. In such cases the most intriguing dimension of power appears. It does not only forbid; it also produces. It creates subjects, regulates bodies, invents normalities, inspires resistances that in turn reshape power itself. In this way the simple explanation that imagines power as a solid block unravels. The Foucauldian analysis reveals something more unsettling: power is less a building than a swarm. The text concludes by claiming a critical function for these methodologies. It is a matter of understanding the discontinuities of the present, its subterranean ties, and the real possibilities for transformation. Genealogy does not promise comfort. It promises lucidity, and that is no small thing in times saturated with well-meaning discourse and scarce in rigorous thought.

Keywords

Genealogy, archaeogenealogy, power, counter-conducts, presentism

Asumir una actitud metodológica

Francisco Vázquez García, en su obra *Cómo hacer cosas con Foucault* (2021) y en el artículo "Excelencias del pluralismo metodológico: Sobre mi manera de usar a Foucault" (2022), propone una forma muy particular de aproximarse al pensamiento de Michel Foucault: no como un cuerpo cerrado de teorías que hay que repetir, sino como una caja de herramientas para analizar críticamente los problemas sociales concretos. Esta perspectiva tiene como objetivo principal dejar de citar a Foucault para empezar a usarlo, es decir, aplicar su método arqueo-genealógico a realidades actuales y específicas. En lugar de construir una "teoría foucaultiana" rígida, Vázquez invita a asumir una actitud metodológica flexible, basada en la creatividad y en el análisis histórico de cómo se construyen las verdades, los discursos y las prácticas. Él mismo reconoce que su trabajo parte de un pluralismo metodológico, lo que significa que Foucault no es el único autor al que recurre, pero sí uno de los más útiles cuando se trata de problematizar la realidad.

El método arqueo-genealógico, según Vázquez (AÑO), no es un esquema que se aplica de forma automática, sino una forma de pensar críticamente: consiste en analizar cómo surgen ciertos saberes, prácticas o instituciones, qué condiciones los hacen posibles y cómo estos producen efectos de poder. No se trata de citar a Foucault, sino de seguir su ejemplo: indagar en los archivos, rastrear los cambios históricos, identificar las discontinuidades y mostrar cómo ciertos discursos se naturalizan. Este enfoque puede ser muy útil para estudiantes e investigadores que desean hacer estudios sociales con profundidad crítica. Como sugiere Vázquez (AÑO), Foucault dejó muchas ideas "al aire" —es decir, abiertas— para que fueran retomadas, reformuladas y llevadas a otros campos de estudio, sin temor a desviarse del "foucaultianismo puro". Por eso, el mayor homenaje que se le puede hacer a Foucault no es repetirlo, sino usar sus herramientas para pensar de otra manera.

Comencemos por *Cómo hacer cosas con Foucault* (2021). El apartado que atañe a la arqueología citado por el autor de la Universidad de Cádiz refiere a que aplicar un enfoque inspirado en el pensamiento de Foucault no consiste en repetir sus conceptos o citas, sino en adoptar una actitud crítica

que permita interrogar el presente de manera distinta. Para ello, es necesario asumir ciertas cautelas metodológicas que transforman nuestra manera de observar los fenómenos sociales. Estas precauciones no son técnicas accesorias, sino verdaderas operaciones intelectuales que desestabilizan las formas tradicionales de análisis. Entre ellas destacan dos especialmente: el rechazo del pensamiento teleológico y la renuncia a las explicaciones causales totalizantes. Estas estrategias permiten abrir el presente a una mirada que no lo trate como algo natural o evidente, sino como un acontecimiento contingente, moldeado por múltiples condiciones históricas.

Una de las trampas más cómodas, y quizá más seductoras, cuando pensamos los problemas sociales del presente, es asumir que todo lo que vemos hoy era inevitable. Como si el pasado hubiera trabajado pacientemente para entregarnos este mundo tal cual es, sin alternativas, sin desvíos y sin accidentes. Esa mirada finalista convierte el presente en un destino y, con ese gesto casi despreocupado, lo vuelve trivial. Creer que ciertas prácticas, instituciones o discursos han existido siempre de la misma manera es una forma de amnesia elegante. Una amnesia que nos ahorra preguntas, pero también nos roba la posibilidad de reconocer su singularidad histórica. Nada de lo que nos rodea cayó del cielo. Cada comportamiento, cada norma y cada palabra que hoy consideramos natural fue, en algún momento, una invención polémica, una apuesta incierta o una imposición que no todos aceptaron. Perder de vista ese carácter construido equivale a renunciar a la crítica. Y sin crítica, el presente se disfraza de naturaleza, como si fuera un paisaje inamovible y no el resultado de muchas tensiones que aún pueden cambiar. Frente a esta forma de pensar, se propone una actitud de extrañamiento, un gesto de sorpresa que rompa con la familiaridad del presente y permita preguntarse cómo llegamos a pensar y actuar de determinada manera. Este extrañamiento no pretende alejarse de la realidad, sino hacerla visible como resultado de una configuración particular y no como una verdad eterna. Otra operación fundamental es la eventualización, entendida como el abandono de las grandes explicaciones causales que buscan una raíz profunda y estable para todos los fenómenos. En vez de explicar un fenómeno apelando a invariantes antropológicas, estructuras económicas o universales psicológicos, el enfoque consiste en seguir las huellas que permiten entender cómo surgió algo en un momento preciso.

No se trata de buscar un origen puro, porque ese origen casi nunca existe. Se trata de identificar las condiciones concretas que, combinadas de maneras a veces improbables, hicieron posible su aparición. Este tipo de análisis prefiere las conexiones múltiples y no jerárquicas. Mira los hechos como una red y no como una escalera. Los acontecimientos se entrelazan, se contaminan, se empujan entre sí. Ninguno ocupa el trono del primer motor. Y esa mirada desmonta la ilusión de que todo responde a una única causa noble o profunda, cuando en realidad nace de encuentros más frágiles, más contingentes y, por eso mismo, más reveladores. El presente no es visto como efecto lineal de una causa única, sino como el producto de una confluencia azarosa de elementos heterogéneos. Se trata de reconstruir el diagrama de fuerzas, los cruces discursivos y los conflictos que permitieron que ciertos objetos, prácticas o sujetos llegaran a ser pensables y normativamente regulados.

Estas cautelas nos invitan a ver el presente no como una necesidad, sino como una posibilidad entre otras. Al mostrar su contingencia, se abre también su dimensión transformable. El análisis arqueo-genealógico no pretende dictar una única verdad sobre el presente, sino volverlo pensable de otro modo. En lugar de clausurar el sentido con una interpretación definitiva, propone una interrogación abierta que permita imaginar otras formas de ser, saber y vivir. Por eso, más que una teoría o una metodología cerrada, este enfoque es una práctica crítica que exige atención, sospecha y creatividad. Solo desde esta disposición es posible evitar las trampas del pensamiento heredado y comenzar a hacer cosas con Foucault sin necesidad de citarlo. En el caso de España, diversos procesos sociales, políticos y culturales —que en un primer momento podían parecer independientes entre sí— comenzaron a entrelazarse a lo largo del siglo XIX y principios del XX, produciendo cambios profundos en la manera en que se comprendían ciertos comportamientos sociales. Entre estos procesos, se encuentran las tensiones crecientes entre sectores religiosos conservadores y grupos anticlericales, especialmente en las últimas décadas del siglo XIX. Estas tensiones se expresaron también por medio de la prensa, que desde posiciones masónicas, librepensadoras o anarquistas, criticaba duramente la conducta del clero.

Al mismo tiempo, el desarrollo de la prensa escrita y la aprobación de leyes que ampliaban la libertad de imprenta —como la de 1883— permitieron una mayor circulación de estas críticas. Por otro lado, la Iglesia perdió buena parte de su poder económico debido a la expropiación de sus bienes, lo que la llevó a concentrar sus esfuerzos en áreas como la educación y la beneficencia. También hubo una expansión del sistema educativo con la implementación de la escolarización obligatoria, así como un auge de iniciativas legales e institucionales orientadas a proteger a los sectores más vulnerables, especialmente a los niños. A esto se sumó el crecimiento de las ciudades, donde comenzaron a hacerse más visibles formas de vida y de deseo que antes estaban ocultas, entre ellas ciertas expresiones de homoerotismo en espacios urbanos.

En el ámbito científico, surgieron nuevas teorías sobre la conducta sexual, muchas de las cuales eran marcadamente patologizantes. Estas ideas provenían de la medicina, la psiquiatría y la naciente psicopatología sexual, e identificaban algunos comportamientos como expresiones de desviación o degeneración. Dentro de este marco, incluso la castidad permanente empezó a verse no como virtud, sino como un posible indicio de anomalía psicológica. Por otra parte, en la cultura política de la época se consolidaba la idea de que la pérdida de las últimas colonias —símbolo de la decadencia del Imperio español— también reflejaba una crisis interna de identidad, que se proyectaba sobre una visión debilitada de la masculinidad nacional. En este contexto, partidos republicanos de clases medias intentaron aliarse con sectores obreros en torno a discursos anticlericales compartidos, y dentro del liberalismo apareció una corriente que abogaba por una educación pública laica, separada de la Iglesia. Estas influencias se alimentaban además de la admiración por las políticas laicistas promovidas en Francia.

La convergencia de todas estas transformaciones sociales, políticas, científicas y culturales dio lugar a una nueva forma de comprender ciertas conductas antes vistas únicamente como pecados o faltas morales. Ahora, pasaban a ser entendidas como indicios de una identidad desviada, patológica o problemática. Este cambio no fue simplemente un desplazamiento en los juicios morales, sino una nueva forma de problematización: es decir, una

transformación en la manera en que el pensamiento se detiene a observar y construir un fenómeno como objeto de análisis, discusión e intervención. Desde esta perspectiva —inspirada en el enfoque arqueo-genealógico— el objetivo no es condenar ni justificar moralmente, sino comprender cómo ciertos comportamientos se convirtieron en objeto de discursos médicos, jurídicos o sociales que los definieron como algo que debía ser explicado, corregido o erradicado. Esto requiere suspender juicios políticos o emocionales inmediatos, para poder examinar el proceso histórico y conceptual que llevó a que ciertos actos fueran vistos como síntomas de una identidad sexual anómala.

Así, lo que se estudia no es tanto el acto en sí, sino cómo ese acto se volvió objeto de preocupación social, sujeto de saberes médicos y jurídicos, y símbolo de debates más amplios sobre sexualidad, poder y moralidad. En definitiva, se trata de entender cómo, en un momento dado, surge una nueva figura que se distingue de otras previas: una figura que ya no se interpreta únicamente en clave religiosa o moral, sino como el resultado de una subjetividad específica que debe ser analizada por las ciencias humanas. La problematización, según Vázquez (2021, p. 69), es un proceso dinámico que genera nuevas preguntas y crea nuevos campos de objetos y formas de subjetividad, sin permanecer estática en el tiempo. En el caso del clérigo abusador de menores, se identifican dos grandes etapas. La primera se sitúa entre finales del siglo XIX y principios del XX, cuando surge la figura del "cura pederasta", relacionada con una desviación sexual que en aquel entonces no se separaba del concepto moderno de género, vinculándose con el homoerotismo y la feminidad. Este personaje fue codificado en la cultura por medios como la prensa, la literatura naturalista y la medicina de la época. La segunda etapa, en las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI, corresponde a la figura del "cura pedófilo", que se diferencia del anterior por su conexión con el abuso de poder y representa una personalidad autoritaria y patriarcal, reflejo de la institución eclesiástica. Este cambio fue moldeado por discursos sociales, feministas, psiquiátricos y por la voz de las víctimas, entre otros actores.

Vázquez (2021) señala que el análisis de problematizaciones no es una rama histórica tradicional, sino una forma de interpretar el presente por medio

de la historia, buscando entender cómo se formaron las circunstancias actuales a partir de un pasado complejo, en el que convergen elementos heredados e innovaciones. Por ejemplo, la problemática del "cura pederasta" de finales del siglo XIX no puede entenderse sin considerar las prácticas discursivas y sociales previas, como reportajes, novelas, debates parlamentarios y discursos médicos, así como procesos no discursivos como la escolarización religiosa o las subculturas urbanas homoeróticas. El presente, por tanto, es un entramado histórico heterogéneo, lleno de procesos múltiples y tiempos diversos.

Asimismo, la genealogía permite identificar continuidades, como el concepto actual del "ciclo del abuso", que vincula el daño sufrido por la víctima con un riesgo social más amplio. Esta idea ya estaba implícita en la problematización tardodecimonónica, aunque con diferentes términos, basándose en nociones de "contagio" y "tara degenerativa" que asociaban la desviación sexual con la decadencia social y racial. Finalmente, la figura del "cura pedófilo" actual emerge en un contexto de luchas culturales mediáticas, jurídicas y sociales, que aunque innova, mantiene raíces en la problemática antigua del "cura pederasta" (Vázquez, 2021, p. 69). La construcción de una problematización, según Vázquez (2021, p. 86), constituye una labor historiográfica que no exige una reconstrucción exhaustiva de todos los elementos de una época, tales como las instituciones o los grupos sociales enfrentados. Más bien, se centra en diagnosticar cómo ciertas problematizaciones específicas operan en el presente, utilizando el mismo material y fuentes que los historiadores, pero con una intención distinta. Esta aproximación no busca narrar el pasado como si se tratara de un álbum completo y bien ordenado, sino identificar las discontinuidades y continuidades que configuran el presente, entendiendo que este es el resultado de transformaciones históricas que solo pueden comprenderse si se analizan críticamente. El método foucaultiano, llamado arqueogenealogía, se distancia de la historiografía tradicional porque no sigue una secuencia cronológica estable ni se embarca en la búsqueda de un origen que lo explique todo. Comienza en el presente y desde ahí rastrea los desplazamientos, las torsiones y los pequeños desajustes que permitieron que hoy estemos en esta situación, con una intención ética y política que apunta a su transformación. Este enfoque permite iluminar las estructuras de poder que operan bajo la superficie y las relaciones discursivas

que dan forma a los problemas sociales, señalando los puntos vulnerables y los espacios en los que todavía es posible resistir. Para ponerlo en práctica es necesario partir de un problema contemporáneo bien delimitado, identificar sus raíces históricas por medio de un análisis minucioso de fuentes y discursos, y reconocer las discontinuidades que muestran cómo ese problema ha adoptado formas distintas a lo largo del tiempo. La arqueogenealogía foucaultiana no aspira a predecir ni a administrar el futuro, sino a ofrecer un diagnóstico crítico que desnaturalice las condiciones actuales y permita intervenir políticamente para desafiar las estructuras de poder vigentes. Según Vázquez, en el método genealógico el presente no solo funciona como punto de partida, sino como el objeto mismo que se desea comprender para transformarlo. El pasado cumple así una función instrumental: se convoca no para reconstruir una verdad definitiva, sino para esclarecer cómo se configuraron las problemáticas actuales y qué posibilidades abren para intervenir sobre ellas. Por eso, en lugar de investigar únicamente la realidad empírica de los abusos sexuales cometidos por sacerdotes, lo relevante es examinar cómo se construyó la figura del cura pedófilo como un sujeto definido por esa tendencia y cómo esa representación orienta las prácticas políticas y sociales, muchas veces bloqueando la rehabilitación y oscureciendo la comprensión de estos fenómenos como parte de un entramado institucional complejo. Esta perspectiva difiere del enfoque histórico tradicional, que suele encuadrar estos abusos dentro de esquemas amplios como la dominación de género o los conflictos sociales de la época, reduciendo múltiples relaciones de poder a una sola categoría explicativa. La genealogía, en cambio, introduce herramientas conceptuales como biopolítica, vulnerabilidad o tecnología política, que estaban ausentes en análisis anteriores, para articular una comprensión más compleja y situada de la problemática. Así, el análisis foucaultiano aporta una lectura innovadora que debe ser consistente con los datos históricos pero que también puede y debe ser puesta en discusión para abrir nuevas vías de pensamiento y acción en el presente.

Dejando estas condiciones claras, la arqueología es entendida por el autor español como una práctica como discurso. Las problematizaciones objeto del análisis arqueo-genealógico son tramas compuestas por prácticas discursivas y no discursivas. El polo arqueológico se centra en estudiar esas tramas en el que

se combina lo discursivo, es decir, lo que Foucault denominaba "enunciados", con lo no discursivo, que corresponde a formas visibles o visibilidades. La arqueología del discurso no considera el discurso como un lenguaje o código de signos subyacente a las prácticas sociales, sino que lo trata como una práctica en sí misma. Siguiendo a Foucault, Wittgenstein y los filósofos de los "actos de habla" (Austin, Searle), el discurso no se limita a expresar cosas, sino que las hace; es una actividad pública y material que establece las condiciones de lo que puede ser pensado y practicado en un momento dado, funcionando dentro de regímenes discursivos que nos preceden.

Los "hechos discursivos" presentan una exterioridad similar a los "hechos sociales" en la metodología durkheimiana, por lo que el discurso no remite a pensamientos o significados previos o latentes. Tratar el discurso como práctica implica afrontarlo como pura exterioridad, como serie de cosas dichas que delimitan lo pensable y practicable. Este enfoque praxeológico, en contraposición al hermenéutico, coincide con la escuela de Cambridge en la historia del pensamiento político, que busca reconstruir los "estratos" o "contextos" pragmáticos del pasado. Esta concepción del discurso como práctica que produce los objetos a los que se refiere permite distinguir entre las historias arqueo-genealógicas y la "historia de las mentalidades". Esta última parte de un objeto constante y estudia las transformaciones en las actitudes colectivas ante ese objeto (por ejemplo, la sexualidad o la infancia), mientras que en el análisis arqueo-genealógico ni los objetos ni los sujetos preexisten; ambos son productos de la práctica y su emergencia debe estudiarse en relación con una trama histórica de prácticas adyacentes. Así, siguiendo a Nietzsche, no hay un "ser" detrás del hacer, sino que el hacer es todo.

En cuanto a la relación entre lo discursivo (lo decible) y lo no discursivo (lo visible), los objetos y cuerpos materiales no son reducibles a elementos discursivos, pero su forma se articula dentro de un régimen discursivo que opera también como régimen visual. Son "destellos" discursivos. Por ejemplo, los actos sexuales entre sacerdotes y niños en la Edad Media eran visibilizados por medio de un entramado discursivo teológico y jurídico que hablaba de sodomía y pecado nefando, no a partir de un discurso sobre la patología

o perversión del sacerdote. En la Contrarreforma existían figuras como el "cura sodomita" o "solicitante", pero no el "cura pederasta" en el sentido moderno. Un caso emblemático es el proceso criminal contra el franciscano Francisco de Salazar en 1578, acusado de pecado nefando con su paje menor. En este contexto, la minoría de edad del mozo no agravaba la pena del obispo, sino que servía para determinar la responsabilidad penal del menor. La justicia eclesiástica era más flexible y consideraba dudas razonables, lo que ponía en evidencia un régimen discursivo distinto al actual, en el que no se concebía la figura del "sacerdote pederasta" ni la de "víctima afectada" en esos términos.

La tarea de la arqueología del discurso no es interpretar enunciados para encontrar pensamientos o significados ocultos, sino describirlos en su materialidad y opacidad, organizándolos en series, niveles y sistemas para revelar sus patrones de coexistencia y transformación. Según Foucault, la historia ha cambiado su posición respecto al documento: ya no se trata de interpretarlo o evaluar su verdad, sino de trabajarlo desde su interior y convertirlo en monumento. Las fuentes arqueológicas son "cosas dichas" que deben ser estudiadas en su opacidad, en sus relaciones con visibilidades, sin búsqueda de exégesis.

La arqueología se mueve en la inmanencia dispersa de los enunciados y sus conexiones con las visibilidades, rastreando patrones en el "campo enunciativo". Así, las noticias anticlericales de finales del siglo XIX que denuncian abusos pederásticos en entornos religiosos remiten a espacios visibles (escuelas, internados, seminarios) que no deben entenderse como referentes previos, sino como efectos visuales producidos por el régimen discursivo. También los dibujos y caricaturas que representaban curas monstruosos en esos espacios contribuyen a la materialidad del discurso. Esta vocación descriptiva aleja la arqueología de enfoques hermenéuticos o críticos de la ideología como los estudios culturales que buscan descifrar significados o luchas por el control ideológico, pues estos presuponen un sujeto colectivo previo que instrumentaliza el discurso, cuando para Foucault los sujetos son efectos del propio régimen discursivo. Además, la genealogía foucaultiana niega que el poder distorsione el saber, sosteniendo que el poder es condición de posibilidad del saber mismo, como lo demuestran las técnicas judiciales que hicieron posibles diversos

saberes científicos y humanísticos. Para el arqueólogo foucaultiano no todo es discurso, pero tampoco hay nada fuera del discurso. El discurso es una práctica que produce sus propios objetos, formas de subjetividad y efectos de verdad y normatividad. La arqueología del discurso, según Vázquez (2021, p. 110), no solo describe las relaciones entre lo visible y lo decible, sino que también analiza las relaciones regulares y transferibles entre los mismos enunciados. Los discursos deben entenderse como agrupaciones de enunciados que estructuran tanto la manera en que una cosa es pensada como la forma en que actuamos en base a ese pensamiento. Estas relaciones entre enunciados no son arbitrarias ni caóticas; muestran patrones y reglas que delimitan el mundo supuesto por el discurso, definiendo lo que puede ser dicho y lo que queda excluido como imposible.

Por ejemplo, el discurso sobre el "cura pederasta" detectado en la prensa anticlerical entre finales del siglo XIX y comienzos del XX despliega nociones como "estetismo" y "degeneración", pero excluye conceptos actuales como "trauma", "autoestima" o "distorsión cognitiva". Estas formaciones discursivas, o agrupaciones regulares de enunciados, no conforman tramas cerradas sino abiertas y en transformación, en las que aparecen nuevos objetos y nuevas subjetividades. Así, el "contagio del estetismo" del siglo XX temprano se ha transformado en el "ciclo del abuso", y el "niño ultrajado" ha dado paso a la figura contemporánea de la "víctima resiliente". Estas transformaciones también involucran la emergencia de nuevos saberes. A finales del siglo XIX y principios del XX, la figura del cura pederasta se conceptualizaba desde disciplinas como la antropología criminal o la frenología. Hoy, en cambio, intervienen saberes como la psicología social, la sociología de las organizaciones, la genética conductual y las neurociencias.

En la descripción arqueológica, es crucial identificar reglas de formación de los objetos del discurso, por medio del análisis de estilos de habla y repertorios temáticos clave, que no son meras listas de categorías sino estructuras organizativas dinámicas dentro del texto. Por ejemplo, los actos sexuales de sacerdotes con menores, en la formación discursiva del "cura pederasta" entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, se enlazan con categorías como so-

domía, estetismo, sátiro, degeneración y monstruo, conformando un "campo de concomitancia o presencia" en el que conceptos de diferente origen y especificidad se mezclan.

En esa época, los abusos eran entendidos dentro de un estilo de habla referido a la "perversión": los atentados contra el pudor eran vistos como actos que iniciaban a vicios infames, mezclando conductas que hoy distinguiríamos claramente, como la violación, el maltrato con placer, el chantaje o el ultraje a menores. Se concebía esta perversión como una enfermedad infecto-contagiosa que podía propagarse, con alusiones apocalípticas a una amenaza que debilitaba la virilidad y la fuerza nacional. En contraste, el discurso actual sobre los curas pedófilos articula una serie categorial diferente, que incluye "abuso sexual a menores", "trauma", "adicción", "inmadurez afectiva", "baja autoestima", "distorsión cognitiva", "gestión emocional" y "resiliencia". Este nuevo estilo de habla sitúa el abuso no en una desviación sexual perversa, sino en una patología relacionada con el poder y el control, en la que el abusador intimida a la víctima hasta inducirle un sentimiento de culpa y dominación. Se describe una personalidad afectivamente inmadura, autoritaria, que se ajusta rígidamente a las normas eclesiásticas como el celibato, resultando en una distorsión cognitiva que se expresa en el abuso reiterado.

Agrupar los enunciados por medio de temas y motivos permite relacionar conjuntos de enunciados de distintas épocas o de una misma formación discursiva. Por ejemplo, en la prensa anticlerical de finales del siglo XIX se vinculan discursos sobre el celibato eclesiástico, la educación en internados religiosos, las críticas a las autoridades que encubren hechos, y la representación del afeminamiento infantil como pérdida de virilidad nacional. Además, la arqueología del discurso conecta enunciados con acontecimientos no discursivos, como la política eclesiástica francesa y española de la época, la emigración masiva de curas franceses expulsados y el regreso de sacerdotes españoles tras la pérdida de las colonias, mostrando cómo los enunciados se relacionan con contextos históricos y sociales concretos.

Es esencial describir sistemáticamente las posiciones de sujeto y sus relaciones establecidas por los enunciados. Esto implica detallar los sujetos y

grupos de personas que aparecen en los textos, reconociendo lo que cada tipo de persona debe decir según las reglas del discurso, y reconstruyendo sus derechos, responsabilidades y redes de relación. Estas posiciones no preexisten al discurso, sino que son efectos producidos por la práctica discursiva. Un concepto clave aquí es la "práctica divisoria", que distingue entre formas de subjetividad marcadas o estigmatizadas y formas no marcadas o "normales". Las figuras no marcadas se construyen en negativo a partir de la designación y estigmatización de las figuras marcadas, en un proceso relacional. Por ejemplo, en la campaña anticlerical de finales del siglo XIX contra los curas pederastas, se identifican figuras descalificadas como los padres irresponsables, los religiosos perversos, las autoridades complacientes y los encubridores; frente a ellos, se emplazan las víctimas, las madres protectoras, el pueblo clamando justicia y los expertos e intelectuales honestos que buscan la verdad.

En su análisis, Vázquez (2021) retoma el concepto foucaultiano de "superficies de emergencia" para referirse a los espacios sociales e institucionales en los que los objetos del discurso se manifiestan y sobre los cuales se ejercen prácticas normativas. Estas superficies no solo delimitan dónde y cuándo un discurso puede emerger, sino también qué actores tienen autoridad para producirlo y validarlo (p. 116). En el contexto histórico de la Restauración española, el debate sobre los "actos de pederastia" cometidos por sacerdotes se situaba principalmente en las tensiones entre dos instituciones clave en la formación de la identidad social: la familia y la escuela. La disputa se inscribe dentro de una pugna mayor entre el clericalismo y el anticlericalismo por controlar la socialización y la educación de la juventud española, en un Estado liberal cuya capacidad nacionalizadora era débil.

La prensa anticlerical, utilizando la campaña contra la supuesta "epidemia de curas pederastas", desplegaba un discurso que tenía como objetivo deslegitimar la hegemonía eclesiástica en la enseñanza y denunciar la corrupción moral atribuida a los religiosos, lo que se contrapone al discurso oficial que defendía la moralidad y la autoridad del clero. Este contradiscurso pudo visibilizar voces habitualmente silenciadas por la censura y los poderes hegemónicos, poniendo en evidencia cómo los discursos alternativos pueden disputar el con-

trol sobre la representación social y moral de la infancia y la juventud. Además, Vázquez señala que, a diferencia de aquella época, en el contexto contemporáneo la problemática de los abusos sexuales en el clero surge en superficies de emergencia diferentes, vinculadas a movimientos feministas y a la crítica al patriarcado como estructura de dominación dentro y fuera de la Iglesia. Aquí, la conflictividad se expresa en la tensión interna de la institución eclesiástica y en la articulación entre sistemas judiciales, asociaciones de víctimas y grupos de protección infantil, configurando un campo discursivo mucho más plural y complejo (Vázquez, 2021, p. 116).

Este enfoque arqueológico no solo permite identificar los espacios institucionales desde los cuales emergen los discursos sobre la pederastia clerical, sino también entender las dinámicas de poder que legitiman o marginan ciertas versiones, poniendo de manifiesto la coexistencia entre discursos oficiales y contradiscursos que desafían las versiones hegemónicas. Vázquez aborda con rigor arqueológico la noción de formas de especificación del discurso, tomando como referencia fundamental la concepción foucaultiana de grilles o "rejillas" (Foucault, 1970, pp. 68-69). Estas formas constituyen matrices clasificatorias que permiten organizar los objetos discursivos dentro de redes de sentido más amplias, revelando así las presuposiciones que sustentan determinados mundos sociales en los discursos. La arqueología, en este contexto, no se limita a una descripción superficial de las enunciaciones, sino que escudriña sus condiciones de posibilidad, los regímenes de verdad que las legitiman y las coordenadas epistemológicas que las encuadran.

Vázquez ejemplifica esta metodología analítica por medio del estudio del discurso anticlerical en torno a los abusos sexuales cometidos por sacerdotes, particularmente en la prensa española de principios del siglo XX y su evolución hasta la actualidad. Lo que se observa es una multiplicidad de mundos sociales que coexisten conflictivamente en el discurso: padres simultáneamente víctimas y cómplices, curas concebidos como monstruos y como víctimas del celibato, autoridades civiles cómplices pero también potenciales agentes de justicia, y una nación tanto heroica como servil. Esta heterogeneidad no es un defecto del discurso, sino un índice de su complejidad, y revela que los enunciados no

forman un sistema coherente, sino que se cruzan y colisionan, como lo resalta Foucault en *El orden del discurso* (1992). Además, el autor distingue dos grandes estilos de habla en los discursos sobre la pederastia clerical. En el estilo de la prensa de 1900, el daño se inscribe en un doble registro: el del honor y el del cuerpo físico. Se trata de un discurso moral y médico-forense, en el cual el ultraje afecta la dignidad social y la salud física de las víctimas, proyectando sus consecuencias sobre el cuerpo nacional. En cambio, el discurso contemporáneo sitúa el daño en un espacio psíquico, inscribiéndolo en el lenguaje del trauma y la subjetividad neoliberal. La víctima ya no es definida por su pasividad, sino como superviviente; y el énfasis se desplaza hacia la resiliencia y el empoderamiento, en sintonía con las demandas de productividad emocional de la sociedad de mercado (Brown, 2019).

Este desplazamiento discursivo, que va del lenguaje moral-nacional al psicológico-individual, pone en evidencia un cambio en las rejillas de especificación que organizan la inteligibilidad del abuso. Ya no se trata de preservar la hombría o la virginidad como valores sociales, sino de reparar las trayectorias biográficas interrumpidas por el trauma. Así, el cura pedófilo ya no representa una amenaza para la raza o la nación, sino un factor de riesgo psicosocial que demanda intervención terapéutica.

Vázquez (AÑO) identifica cuatro estilos de habla dominantes que configuran este campo discursivo: el moral (honor), el médico (degeneración), el psicológico (trauma) y el securitario (riesgo). Estos estilos no solo describen la realidad, sino que la producen y normativizan: operan como tecnologías discursivas de gobierno, instaurando efectos de verdad y configurando subjetividades según modelos aceptables de racionalidad, salud y ciudadanía. En este sentido, el análisis arqueológico se articula con una crítica genealógica, al mostrar cómo estos regímenes discursivos funcionan como dispositivos de regulación, exclusión y producción de sujetos. La propuesta de Vázquez resulta especialmente relevante para los estudios contemporáneos del discurso, pues demuestra que la multiplicidad semántica, las tensiones internas y la mutación de los estilos de habla no solo son elementos constitutivos del discurso social, sino también indicadores de transformaciones más amplias en las formas de gobierno de los

cuerpos, las emociones y las identidades. Vázquez, en su análisis de la campaña periodística anticlerical en torno a los abusos sexuales cometidos por sacerdotes, desentraña con precisión arqueológica los mecanismos por medio de los cuales los discursos no solo producen efectos de verdad, sino que también prescriben modos de ser, actuar y juzgar. Estos mecanismos se inscriben en el marco teórico foucaultiano, en el que el discurso no es mero reflejo de una realidad previa, sino un dispositivo productor de realidad, que conforma objetos, sujetos y relaciones a partir de sus propias regularidades internas.

Vázquez (2020) muestra cómo la prensa anticlerical del siglo XIX articula un discurso con clara voluntad de verdad, movilizando recursos que le otorgan autoridad epistémica: el reportaje directo, el testimonio de víctimas, las entrevistas, y la referencia a saberes científicos consolidados en la época (como la frenología, la psiquiatría o la antropología criminal). Estas prácticas enunciativas no solo denuncian lo oculto —la hipocresía eclesiástica y la complicidad institucional—, sino que instituyen lo denunciado como verdadero, es decir, como realidad objetiva a partir de su visibilidad discursiva. Se produce así lo que Foucault denominaría una veridicción —una instancia que dice la verdad— por medio de procedimientos discursivos que la dotan de legitimidad, credibilidad y poder normativo. Una de las operaciones centrales que describe Vázquez es el proceso de naturalización del cura pederasta, presentado como un tipo humano esencializado, casi una "etnia aparte", cuya monstruosidad física y moral lo distingue de la sociedad "normal". Este efecto de naturalización es reforzado por múltiples prácticas simbólicas (novela naturalista, caricaturas, ambientaciones góticas), que configuran una imagen persistente y patológica del sujeto eclesiástico. Lo que se impone así no es solo una figura abyecta, sino una verdad sobre esa figura: se vuelve evidente, casi necesario, que estos sujetos sean como se los describe.

Simultáneamente, el discurso opera como régimen de prescripción: no se limita a describir, sino que normativiza. Establece lo que es racional, sensato y deseable en la conducta de los sujetos. Se condena, por ejemplo, a los padres que confían en instituciones religiosas; se reprueba a las autoridades que no investigan los crímenes; se denuncian los efectos degenerativos del celibato.

De este modo, el discurso establece una gramática de la sensatez moral y política, distinguiendo entre los buenos ciudadanos (críticos, laicos, justicieros) y los malos (sumisos, clericales, cómplices). Se trata, en definitiva, de una tecnología de la moralidad que clasifica, ordena y sanciona comportamientos y posiciones sociales. Estas prescripciones no solo operan sobre individuos, sino también sobre colectivos: los religiosos como portadores del mal, el pueblo como víctima noble pero engañada, los sectores laicos como portadores de la racionalidad ilustrada. El discurso, por tanto, no solo produce conocimiento, sino también sujeción: fija lugares desde los cuales se puede hablar y actuar legítimamente, y desde los cuales se debe callar o ser corregido. Desde esta perspectiva, el análisis de Vázquez pone de relieve que la arqueología del discurso no es un ejercicio neutral, sino una herramienta crítica para desenmascarar los regímenes de verdad que configuran el sentido común. Su énfasis en cómo las prácticas discursivas instituyen realidades y normatividades refuerza la tesis foucaultiana de que el poder se ejerce por medio del saber y que este saber, lejos de ser inocente, construye al sujeto al tiempo que lo gobierna.

La genealogía según Vázquez

En primer lugar, se aprecia una cuidada reconstrucción de la distinción entre arqueología y genealogía. Lejos de concebirlas como enfoques excluyentes, Vázquez (2021) subraya —siguiendo a Recio, Andersen, Rose, entre otros— su carácter simultáneo y recíprocamente enriquecedor. La arqueología, en tanto descripción de las condiciones de posibilidad de los enunciados, se ve complementada por la genealogía, que introduce la dimensión conflictiva de su emergencia histórica. Esta conjunción metodológica resulta particularmente fértil para desentrañar los ensamblajes discursivos que constituyen figuras como la del "cura pederasta" de 1900 y su reconfiguración contemporánea como "cura pedófilo". Recurre de forma eficaz a la tipología nietzscheana de los usos de la historia —monumental, anticuaria y crítica— para mostrar cómo la genealogía se opone tanto a las narrativas de continuidad identitaria como a los relatos que momifican el pasado. Esta distinción permite problematizar con agudeza el modo en que la sensibilidad contemporánea proyecta sobre el pasado sus propias categorías, confundiendo los orígenes con fundamentos

universales o antropológicos. Así, la genealogía no solo deconstruye las identidades sedimentadas sino que abre el presente a su contingencia, a su posible transformación.

Uno de los mayores logros del análisis radica en el contraste entre dos campañas mediáticas separadas por un siglo, que giran en torno a la figura del sacerdote abusador de menores. El autor demuestra cómo el relato monumental tiende a subsumir ambos momentos bajo una misma lógica humanitaria, ocultando las diferencias estructurales en sus respectivas condiciones de posibilidad. La genealogía, por el contrario, permite visibilizar las discontinuidades: mientras que en 1900 la figura del "cura pederasta" emergía en el contexto de una biopolítica eugenésica orientada a la protección de la nación, en el 2000 el énfasis se desplaza a la salud psíquica individual y a la construcción biográfica del sujeto.

Además, Vázquez muestra un manejo sólido de fuentes foucaultianas clave (especialmente *La arqueología del saber, Vigilar y castigar y Nietzsche, la genealogía, la historia*), así como de estudios contemporáneos que han trabajado la genealogía en el marco de la crítica cultural y los estudios de subjetividad. Este diálogo constante con la bibliografía relevante refuerza la densidad argumentativa del texto. Por último, cabe destacar el uso político del diagnóstico genealógico. La genealogía, en su triple dimensión destructiva —de la realidad, de la identidad y de la verdad—, no se limita a describir cómo emergen ciertas configuraciones discursivas, sino que habilita una práctica crítica que desestabiliza nuestras certezas actuales. Al desmontar los dispositivos de saber/poder que han cristalizado en torno a la figura del pedófilo eclesiástico, el autor muestra que dicha figura no es un dato natural ni un destino inevitable, sino una invención histórica contingente, y por lo tanto, susceptible de ser transformada.

Pensar la historia no como depósito de lecciones morales, sino como campo de lucha, discontinuidad y posibilidad. Vázquez ofrece en el 2021 una reflexión metodológica especialmente valiosa para quienes intentan comprender y aplicar la genealogía como herramienta de análisis histórico y crítico, sobre todo en diálogo con la obra de Michel Foucault. Su propuesta se organiza alrededor

de una pregunta que atraviesa todo trabajo genealógico serio: cómo pensar la relación entre origen, comienzo, continuidad y discontinuidad en la historia de los fenómenos sociales y discursivos. Uno de sus aportes más sugerentes consiste en rechazar la caricatura según la cual la genealogía sería simplemente una cacería de rupturas, una especie de deporte académico destinado a señalar fisuras en el que el historiador clásico habría visto un continuo apacible. Vázquez desmonta esa lectura reduccionista y muestra que la genealogía no se limita a dinamitar la continuidad, sino que examina cómo ciertos procesos se sostienen, se repiten, se desplazan y se reorganizan, a veces con tal sutileza que solo una mirada verdaderamente crítica puede notar que algo ha cambiado. Esta crítica es importante, pues muchas veces se interpreta el trabajo genealógico como si fuera lo opuesto a toda idea de continuidad. Para Vázquez (2023), esta oposición es falsa. La genealogía no elimina la continuidad, sino que la redefine por medio del uso de la diferencia como categoría de observación. En otras palabras, lo que parece continuo puede albergar múltiples discontinuidades internas, y lo que se presenta como completamente nuevo puede guardar una profunda relación con elementos heredados del pasado.

Este enfoque permite estudiar fenómenos históricos como líneas de descendencia: no como evoluciones lineales, ni como procesos teleológicos con una finalidad o esencia subyacente, sino como trayectorias de transformación, en las que ciertos elementos —prácticas, discursos, tecnologías del poder, formas de subjetividad— se reconfiguran constantemente. El caso que ejemplifica este planteamiento es el de las figuras del "cura pederasta" en el contexto del anticlericalismo del siglo XIX y la del "cura pedófilo" en el discurso contemporáneo. Vázquez (2023) muestra que, aunque estas figuras no son idénticas, están vinculadas por una genealogía común: comparten una problematización de la sexualidad desviada en el contexto clerical, pero se diferencian en los registros discursivos, las atribuciones causales y las estrategias de representación. Esta forma de proceder permite captar tanto la herencia como la transformación, evitando así los reduccionismos históricos. La genealogía, en este sentido, se vale de lo que Veyne (1987) ha denominado "anacronismo controlado", una operación que permite restaurar el sentido histórico de prácticas pasadas al compararlas con prácticas contemporáneas sin incurrir en una analogía su-

perficial o proyectiva. El objetivo es captar la lógica interna que hacía inteligible un fenómeno en su propio tiempo, y al mismo tiempo, identificar conexiones que lo vinculan con nuestro presente. Esto implica una tensión metodológica constante: denunciar los anacronismos ingenuos (que borran la diferencia histórica), pero también establecer comparaciones productivas que hagan visible la estructura cambiante de los discursos y las prácticas.

Otra de las contribuciones centrales del análisis genealógico, tal como lo formula Vázquez, es la crítica a las explicaciones causales lineales y deterministas. La genealogía no busca encontrar una causa originaria o un hilo conductor único que explique el surgimiento de un fenómeno. En cambio, se apoya en lo que Foucault (2008) denominó un análisis "rizomático", o una "desmultiplicación causal", que entiende cada acontecimiento como el producto del cruce de múltiples series heterogéneas, sin una jerarquía preestablecida. En lugar de buscar causas profundas o mecanismos subyacentes, la genealogía construye un "poliedro de inteligibilidad" (Vázquez, 2023, p. 145), en el que se examina cómo diferentes procesos —discursivos, institucionales, científicos, políticos, mediáticos— se entrelazan para producir un fenómeno históricamente situado.

Este enfoque es ejemplificado por Vázquez (2021) al analizar la campaña contemporánea contra el abuso sexual clerical. Según él, no puede explicarse adecuadamente apelando a una única causa (como la crisis del patriarcado o la secularización), sino que debe entenderse como el resultado de la convergencia de múltiples líneas discursivas y prácticas: la acción de movimientos feministas, las luchas internas dentro de la Iglesia, el papel de los medios de comunicación, el desarrollo de disciplinas como la psicología, el activismo de víctimas, etcétera. Este "poliedro" permite una comprensión más rica, más densa y más abierta del presente, sin cerrarlo en un relato totalizante. Vázquez propone dos estrategias metodológicas fundamentales para el análisis genealógico: en primer lugar, renunciar a la definición preliminar del objeto de estudio. Definir por adelantado qué es un fenómeno implica fijarlo en una esencia atemporal y, por lo tanto, traicionar su carácter histórico. En lugar de ello, el genealogista debe reconstruir cómo ese objeto ha sido construido en

distintos momentos y contextos históricos, con diferentes sentidos y funciones. En segundo lugar, debe evitarse el modelo explicativo lineal o estructural, y reemplazarlo por un análisis de conexiones heterogéneas, contingentes y múltiples, que permitan entender la emergencia de nuevas configuraciones como resultado de cruces inesperados entre discursos, saberes, tecnologías y poderes (Foucault, 1980). Vázquez no solo recupera la tradición foucaultiana con rigor, sino que la enriquece con herramientas analíticas que permiten comprender cómo lo que hoy nos parece evidente, natural o necesario, es en realidad el resultado contingente de una compleja historia de problematizaciones, luchas y transformaciones. La genealogía, en esta perspectiva, no solo reconstruye el pasado, sino que nos ayuda a interrogar el presente, a desnaturalizar sus supuestos y a abrirlo a otros futuros posibles.

Vázquez (2021) plantea que la genealogía, a diferencia de la arqueología que se centra en describir discursos, tiene como objetivo analizar las relaciones de poder que producen esos discursos. El genealogista no busca orígenes grandiosos ni relatos progresistas basados en la razón o la naturaleza humana, sino que se enfoca en comienzos humildes y conflictivos. Es decir, la genealogía estudia la historia de las luchas y tensiones por medio de las cuales ciertos agentes intentan controlar a otros, y cómo estos resisten y generan "contraconductas". El concepto de poder que maneja Vázquez, siguiendo a Foucault, no es una propiedad fija que alguien posea o transfiera, sino una relación dinámica y activa entre agentes que orientan las acciones de otros, quienes a su vez pueden resistir. Por ello, el poder no excluye la libertad; al contrario, la presupone, ya que sin capacidad de resistencia no habría poder como relación. Esto implica que el poder no es una sustancia ni un monopolio exclusivo, sino que se ejerce en múltiples puntos y de formas heterogéneas dentro de la sociedad, lo que exige un análisis detallado de esas múltiples voces y actores implicados.

Para ejemplificar esta multiplicidad, Vázquez destaca la campaña anticlerical contra los curas pederastas en la España de finales del siglo XIX y principios del XX, en la que participan actores muy diversos —periodistas de distintos signos políticos, sacerdotes "renegados", abogados, médicos, sindica-

listas, novelistas— con discursos y estrategias variadas. El análisis genealogista debe mostrar no solo las alianzas y coordinaciones, sino también las tensiones y contradicciones entre estas posiciones heterogéneas (Vázquez, 2021).

Además, el ejercicio del poder no está centralizado en el Estado, sino disperso en múltiples instituciones y espacios sociales (familia, escuela, Iglesia, sistema penal), por lo que el análisis debe realizarse a nivel micro, desde abajo hacia arriba, y considerar que las relaciones de poder se entrelazan con las relaciones económicas y simbólicas en una presuposición recíproca (Vázquez, 2021).

Otro aspecto clave es que el poder no funciona principalmente con prohibiciones o censuras (la llamada hipótesis represiva), sino que es productivo: genera conocimientos, placeres y configura subjetividades. Por tanto, las identidades (de clase, género, raza, etcétera) no preexisten a las relaciones de poder, sino que se construyen dentro de ellas. En consecuencia, el análisis debe mostrar cómo estas identidades son producidas y transformadas por los conflictos de poder, no simplemente expresiones previas de intereses fijos (Vázquez, 2021).

Esto queda claro en el ejemplo de la campaña contra los curas pederastas: lejos de reflejar intereses de clase ya definidos, la campaña contribuyó a la formación de identidades anticlericales, masculinas y de clase obrera, articulando alianzas estratégicas entre diferentes grupos sociales. Asimismo, la figura del cura pederasta fue construida como enemigo biológico, moral y político, un sujeto "degenerado" que encarnaba múltiples amenazas sociales. Vázquez insiste en que las relaciones de poder poseen una intencionalidad ligada a sus efectos y a sus objetivos estratégicos, pero esa intencionalidad no debe confundirse con la voluntad consciente de individuos o colectivos. El poder actúa como un entramado que orienta prácticas y decisiones sin depender de un sujeto que lo diseñe desde arriba. Se mueve con dirección, aunque no tenga autor; avanza con fines, aunque nadie pueda adjudicarse su diseño. Y en esa paradoja discreta reside buena parte de su eficacia. Por ejemplo, el sistema penal puede producir efectos no deseados ni planificados, como la generación de circuitos

ilegales y la incorporación de ciertos grupos a funciones sociales específicas, que se estabilizan y retroalimentan en el propio sistema (Vázquez, 2021).

El enfoque genealógico exige un análisis detallado y minucioso de las relaciones de poder como redes complejas y múltiples, en las que los actores se enfrentan y se articulan, produciendo identidades y discursos que no se entienden si se presuponen a priori ni se reducen a una sola causa o conflicto. Esta metodología permite captar la complejidad histórica de las luchas sociales y sus efectos configuradores en el presente (Vázquez, 2024). Mientras la arqueología describe los discursos (textos, imágenes, mapas, etcétera), la genealogía se enfoca en las prácticas y relaciones de poder que regulan esos discursos y condicionan su producción y recepción (Vázquez, 2021, p. 153). El análisis se centra en identificar las formas de gobernar a las personas detrás de los discursos y cómo esos modos de gobierno evolucionan.

Se distingue entre "tecnologías políticas" o "de gobierno" —prácticas para conducir conductas— y "dispositivos", que son conjuntos complejos de prácticas, discursos e instituciones heterogéneas. Por ejemplo, el panóptico, descrito por Foucault, es un dispositivo, mientras que elementos como las ventanas del panóptico o los expedientes clínicos son tecnologías políticas disciplinarias. Estas tecnologías no se analizan solo por su funcionamiento histórico, sino por su lógica o racionalidad que hace posible y aceptable el orden social vigente (Vázquez, 2021, pp. 153-154).

Foucault identifica tres tipos principales de tecnologías políticas: la soberanía, basada en reglas jurídicas que separan lo permitido de lo prohibido; las disciplinas, que moldean cuerpos individuales para producir sujetos dóciles y útiles; y las tecnologías de seguridad o mecanismos reguladores, que gestionan poblaciones enteras por medio de parámetros estadísticos. Contrario a lecturas simplistas que ven estas formas como etapas sucesivas (de soberanía a disciplina y luego biopolítica), Vázquez (2021) aclara que forman un triángulo complejo, coexistiendo y entrelazándose en diferentes momentos históricos (pp. 154-155).

Este enfoque praxeológico concibe el poder como práctica y tecnología, no como un sistema simbólico o hermenéutico; por tanto, es gracias al ejercicio del poder que se construyen las identidades de los sujetos. Un ejemplo ilustrativo es la campaña periodística anticlerical de principios del siglo XX contra los curas pederastas, que funcionó como una tecnología de biopoder, combinando procedimientos disciplinarios (vigilancia y control de individuos) y mecanismos reguladores (políticas que afectaban a toda la población). La prensa denunciaba la escolarización religiosa por propiciar abusos y una supuesta degeneración biológica y social, impulsando medidas para vigilar, aislar o reeducar a los sacerdotes (Vázquez, 2021, pp. 155-156).

Estas propuestas disciplinarias se subordinaban a medidas más amplias y securitarias que buscaban eliminar las órdenes religiosas, consideradas una amenaza biológica para la nación y la clase trabajadora. Esto se reflejaba en políticas que iban desde la supresión de congregaciones hasta leyes penales contra el homosexualismo. Aunque este conflicto alcanzó su punto más violento durante la guerra civil española, en la que se produjeron masacres religiosas con un carácter necropolítico, a principios de siglo solo se manifestaba en resistencia cotidiana y manifestaciones anticlericales. Finalmente, estas tecnologías políticas movilizaron una red heterogénea de organizaciones —logias masónicas, sindicatos, partidos— y generaron un dispositivo público complejo, compuesto por discursos, imágenes y prácticas diversas que construyeron la ofensiva contra el clero, ejemplificando el carácter multifacético y relacional del poder foucaultiano (Vázquez, 2021, pp. 156-157). El concepto de dispositivo se refiere a una intersección inesperada y contingente de elementos independientes que convergen funcionalmente. Por ejemplo, en el dispositivo conformado por la campaña periodística anticlerical de 1900, se entrecruzan discursos antiguos sobre la honra familiar y ultrajes sexuales a menores, con otros más recientes, como la teoría de la degeneración. Asimismo, técnicas tradicionales de hostigamiento, como insultos a religiosos, se combinan con métodos modernos como el reportaje periodístico y manifestaciones públicas. Esta campaña periodística hizo visibles abusos que antes se mantenían en secreto, amenazando la presencia de la Iglesia católica en la educación tras la pérdida de su patrimonio en la España liberal del siglo XIX. Las congregaciones

religiosas ampliaron su papel docente, y la denuncia de abusos en sus colegios ponía en riesgo esta recuperación eclesiástica, creando un frente anticlerical (Vázquez, 2024, pp. 159-160).

Para neutralizar estas denuncias, se desarrolló un dispositivo que mantenía los abusos en secreto, utilizando el secreto de confesión, traslados de sacerdotes, derecho canónico, compensaciones económicas a familias, centros de reeducación y presión sobre medios y autoridades. Esta red de prácticas e instituciones ha permanecido oculta hasta recientes denuncias periodísticas. Desde una perspectiva genealógica, el dispositivo no busca causas subyacentes sino poliedros de inteligibilidad, es decir, la convergencia de series heterogéneas de sucesos. El poder se entiende como relación estratégica y relacional, en la que la acción del gobernante y del gobernado se condicionan mutuamente (Vázquez, 2021, p. 160).

Además, el concepto de dispositivo rompe con la visión estatalista del poder. En lugar de ver al Estado como origen central del poder, la genealogía estudia el ejercicio del poder en la vida cotidiana, en relaciones microsociales (familia, escuela, trabajo, vecindad), y cómo estas tecnologías y estrategias se "estatalizan" posteriormente. Foucault analiza cómo la "estatalización" consiste en la sistematización de prácticas previas, como muestra el Estado napoleónico, en el que el emperador vigila todo el territorio por medio de mecanismos disciplinarios. Por ello, el Estado debe entenderse como una "membrana" que generaliza y sistematiza prácticas externas a él, más que como un sujeto unificado o propietario del poder (Vázquez, 2021, pp. 160-162).

Esta concepción evita una visión teleológica del Estado moderno como culminación histórica inevitable y rechaza la idea weberiana del monopolio legítimo de la violencia como propiedad del Estado. No obstante, según Skornicki (2015), es posible conciliar la genealogía de la estatalización con teorías clásicas sobre monopolización del poder (Vázquez, 2024, p. 162). Plantear sugiere una reflexión fundamental sobre la naturaleza del poder estatal, distanciándose de una interpretación cuantitativa tradicional que concibe al Estado como una entidad monolítica y exclusiva en la concentración del poder. En cambio, enfatiza la dimensión cualitativa del poder estatal, entendido como la capacidad de

codificar, sancionar y reconocer legalmente prácticas de poder preexistentes a la institucionalidad estatal. Esta perspectiva dialoga estrechamente con la genealogía foucaultiana del poder, que desplaza la mirada desde el Estado como centro absoluto hacia un análisis ascendente y descentralizado del ejercicio del poder (Foucault, 2008). El caso de la campaña anticlerical contra la pederastia clerical en España, a comienzos del siglo XX, ilustra con claridad esta lógica. En ella, agentes sociales diversos —periodistas, militantes, médicos, novelistas y círculos sociales situados fuera del Estado— protagonizan un combate cultural y político que no solo se opone a la Iglesia sino también al Estado monárquico confesional que la protege. La campaña se desarrolla en espacios infraestatales, pero sin renunciar a apelar al derecho penal y a la acción de funcionarios estatales como herramientas para sancionar el abuso. Esta dialéctica revela la complejidad del poder entendido como una relación móvil y no como un aparato monolítico. El Estado aparece menos como un actor autónomo y totalizante y más como un punto en el que convergen, se ordenan y se codifican tensiones sociales que ya estaban en movimiento antes de que él interviniera. Lejos de dirigir la orquesta, a menudo apenas logra poner en partitura los desacuerdos que atraviesan a la sociedad, y esa condición híbrida explica tanto su fuerza como sus límites.

Además, este ejemplo pone en evidencia la ambivalencia del Estado restauracionista español, por un lado represor de movimientos sociales y obreros, y por otro cómplice de la Iglesia en la educación y el mantenimiento de sus privilegios, lo que revela su fragilidad y contradicciones internas. La oposición a ese Estado por parte de sectores republicanos radicales no impide que esos mismos grupos recurran a sus instituciones legales para legitimar demandas y sancionar conductas, lo que demuestra que el Estado funciona más como una instancia normativa y reguladora que como el origen del poder. La campaña anticlerical se inserta además en una crisis cultural más amplia, en la que el Estado llega a ser concebido casi como una entidad biológica o racial que debe protegerse por medio de mecanismos de purificación, un imaginario que refleja los discursos nacionalistas y raciales comunes en aquella época. Este marco discursivo, tan problemático como revelador, participa en la fabricación del enemigo social cuya existencia justifica prácticas disciplinarias, exclusiones y toda una gramática política de la sospecha.

El análisis muestra que el poder estatal opera dentro de una red compleja de relaciones sociales, en la que la legalidad no es el punto de partida, sino la cristalización y sistematización de luchas y prácticas que emergen desde abajo. Esta perspectiva invita a repensar el Estado no como un sujeto con voluntad propia, sino como un campo dinámico y contradictorio en el cual convergen fuerzas múltiples, una visión que permite superar las narrativas tradicionales sobre el Estado moderno y su supuesto monopolio del poder. En este marco, el concepto de generalización permite comprender cómo ciertos discursos o prácticas que surgen en contextos muy específicos pueden desplazarse, expandirse y funcionar como matrices más amplias dentro de un dispositivo. Esta movilidad discursiva desbarata la idea de que las tecnologías de poder poseen un origen claro o una finalidad fija, y subraya su carácter abierto, adaptable y siempre en reconfiguración. El traslado del discurso higienista sobre el celibato forzoso hacia la ofensiva anticlerical contra la pederastia clerical es un ejemplo elocuente: un saber médico especializado se mezcla con discursos literarios y periodísticos hasta ampliar la red semiótica y política del dispositivo. Algo similar ocurre con la transición del discurso feminista sobre la violencia patriarcal hacia la conceptualización del abuso sexual infantil, un desplazamiento que demuestra cómo una matriz discursiva puede transformarse sin traicionar su eje analítico.

El proceso de aparatización, por otro lado, propone una concepción descentralizada del dispositivo y muestra que estos no son productos deliberados de sujetos o colectivos con una intención unificada, sino el resultado de la confluencia contingente de elementos heterogéneos. Esta visión desmonta la fantasía conspirativa o teleológica y subraya que la intención no precede al dispositivo, sino que emerge de su ensamblaje. Ejemplos como la incorporación del discurso de la degeneración, o el uso del secreto de confesión como mecanismo para ocultar abusos, muestran que algunas piezas esenciales del dispositivo pueden consolidarse sin que ningún actor haya diseñado su función estratégica. Por eso el análisis genealógico debe ser sensible a esos cruces inesperados, que revelan más sobre el poder que cualquier plan maestro. En este punto, la referencia al análisis dinástico foucaultiano aporta un método preciso para desentrañar estos dispositivos en casos concretos. Al tratar los episodios

como escenas o marcas dentro de un juego estratégico de fuerzas, se supera la mera interpretación textual para reconstruir las redes de poder, los conflictos de clase y las tensiones de género que atraviesan las prácticas sociales y simbólicas implicadas. Esta perspectiva permite ver cómo los dispositivos articulan y reproducen relaciones sociales profundas y contradictorias, situando a los sujetos y sus acciones dentro de un entramado más amplio de tecnologías políticas que excede cualquier lectura lineal o voluntarista de los hechos. En conjunto, el texto plantea una conceptualización sofisticada y productiva de los dispositivos como formaciones abiertas, contingentes y relacionales, cuyo análisis requiere métodos que capten su complejidad y plasticidad, alejándose de explicaciones reductivas o conspirativas. Esta aproximación resulta indispensable para comprender fenómenos históricos y sociales en los que discursos, prácticas y actores se entrecruzan sin un mando único que los orqueste. Permite ver cómo el poder se ejerce y se disputa en los gestos cotidianos y en los conflictos políticos, revelando un escenario en el cual ninguna instancia controla del todo y, sin embargo, todo queda atravesado por fuerzas que empujan, resisten y se reorganizan a cada paso. Comprender esa maraña es reconocer que el poder no habita en un centro, sino en los brazos, las palabras y las tensiones que componen la vida social. Desarrollar una dimensión fundamental y a menudo menos explorada del análisis foucaultiano: la genealogía como estudio no solo del poder ejercido sobre los sujetos, sino también del modo en que estos se gobiernan a sí mismos con ayuda de las llamadas "tecnologías del yo". Esta noción amplía el concepto tradicional de poder, alejándolo de una relación meramente coercitiva o dominadora, para situarlo en el terreno complejo en el que la libertad y la autodisciplina son constitutivas del ejercicio del poder mismo.

Desde esta perspectiva, el poder no solo controla externamente, sino que opera por medio de prácticas internas de autogobierno, en las que el sujeto participa activamente en su propia constitución como agente moral y político. Esto es clave para entender cómo funcionan las formas modernas de "gubernamentalidad liberal", en las que el Estado y otros aparatos de poder no imponen simplemente órdenes, sino que incentivan a los individuos a autorregularse y a asumir responsablemente su libertad. Así, tecnologías como la vigilancia panóptica funcionan no tanto por la presencia física del vigilante, sino porque el individuo interioriza esa mirada y actúa conforme a ella.

El ejemplo concreto que se analiza —la construcción del personaje del "cura pederasta" en la prensa anticlerical y la novela naturalista— ilustra esta dialéctica entre tecnologías políticas y tecnologías del yo. Por un lado, se despliega una tecnología punitiva que busca sancionar penalmente a los sacerdotes responsables y reformar las estructuras eclesiásticas para impedir nuevas formas de encubrimiento. Por otro lado, aparece una demanda ética y biopolítica que cuestiona la capacidad de los sacerdotes para gobernarse a sí mismos y propone la abolición del voto de castidad como condición para restaurar su autocontrol y proteger la salud pública y el cuerpo nacional. Al mismo tiempo, la campaña mediática incorpora un mensaje dirigido a los padres, exhortándolos a ejercer su libertad en la crianza y educación de sus hijos y a desconfiar de la influencia clerical, presentada como una amenaza para la virilidad y la cohesión familiar. En este punto emerge una tecnología del yo que impulsa a los padres a evaluar racionalmente sus decisiones, asumir su responsabilidad y actuar en consecuencia, lo que revela cómo la autogestión y la autoformación pueden funcionar como mecanismos eficaces de control social.

Este análisis demuestra la profundidad del enfoque foucaultiano para comprender que las prácticas de poder contemporáneas no se reducen a la imposición externa, sino que también movilizan la libertad interna del sujeto y su propia ética. La genealogía se muestra así como una herramienta crítica capaz de revelar las articulaciones complejas entre coerción y autonomía, entre control estatal y autogobierno, al tiempo que ilumina las tensiones y contradicciones que atraviesan procesos históricos concretos. En este caso, permite esclarecer la relación entre las tecnologías del yo, el ejercicio del poder y las formas de resistencia dentro de un contexto histórico y social particular: la campaña contra los sacerdotes pederastas en la España de la Restauración. Desde una perspectiva foucaultiana, el autor destaca la complejidad de los procesos de subjetivación y autogobierno en medio de estructuras de poder que buscan gobernar tanto a otros como a sí mismos.

En primer lugar, subrayar cómo la experiencia traumática de las víctimas de abusos sexuales por parte del clero las sitúa en una posición de dependencia emocional, que condiciona su libertad y autonomía. Esta situación solo puede ser revertida por medio de un trabajo de "tecnologías del yo" —término fou-

caultiano que designa las prácticas con las cuales los individuos se constituyen como sujetos libres y responsables—, a partir de la reelaboración narrativa del trauma y la confesión pública. Esta práctica no es espontánea ni natural, sino que está mediada por discursos psicoterapéuticos y mediáticos que moldean el modo en que las víctimas se entienden a sí mismas y recuperan su autonomía, convirtiéndose en "empresarios de sí mismos" dentro del neoliberalismo avanzado, en línea con los análisis de Rose (1999).

Sin embargo, la reflexión no se detiene en la función de estas tecnologías del yo como simples refuerzos de las tecnologías de poder, sino que incorpora la noción de contraconducta. Esta idea, desarrollada por Foucault, muestra que las formas de autogobierno pueden convertirse en resistencias éticas y en prácticas de contestación frente al gobierno de otros. La resistencia no es una reacción exterior ni un estallido espontáneo. Es una dimensión interna del poder, desplegada de manera múltiple y creativa en los intersticios de la vida social. Este marco permite comprender mejor la dinámica de la campaña anticlerical contra los abusos sexuales cometidos por sacerdotes y la respuesta organizada y poderosa del clericalismo durante la Restauración. Por un lado, la campaña funcionó como una tecnología destinada a identificar y sancionar los abusos, sostenida en discursos que apelaban a la protección de la infancia y la autonomía familiar, e insertándose en las disputas culturales y políticas del periodo. Por otro lado, el poder clerical no se conformó con una defensa pasiva, sino que puso en marcha un elaborado aparato de recursos legales, mediáticos y simbólicos que buscaba neutralizar las denuncias, desde la movilización política hasta la excomunión, pasando por la descalificación de las acusaciones como conspiraciones malintencionadas.

Este doble movimiento pone en evidencia la complejidad de la relación entre poder, resistencia y subjetividad. Los gobernados, ya fuesen víctimas o defensores del sistema clerical, no funcionan como sujetos pasivos, sino como agentes capaces de gobernarse a sí mismos y de disputar, negociar y reconfigurar las relaciones de poder. La noción de contraconducta resulta clave para comprender cómo los sujetos pueden apropiarse de tecnologías del yo no solo para adaptarse o aceptar ser gobernados, sino también para resistir y transformar

esas relaciones. La genealogía foucaultiana, lejos de limitarse a describir el poder, abre un espacio crítico para pensar la articulación íntima entre gobierno, libertad y resistencia, y pone de manifiesto la complejidad de las formas en que los sujetos constituyen sus existencias en el interior de dispositivos históricos concretos. A esto se suma la gestión del problema por parte de la Iglesia a partir de la invocación de su autonomía interna, resolviendo los asuntos dentro de la disciplina eclesiástica. Este gesto puede entenderse como una forma de autogobierno institucional que busca minimizar la interferencia externa y preservar su autoridad y legitimidad. A ello se añaden maniobras orientadas a bloquear procesos judiciales y presionar a los medios, lo que revela una estrategia multifacética que combina dispositivos legales, discursivos y mediáticos para contener la crisis.

Además, la contratación de despachos legales especializados y el pago de indemnizaciones millonarias forman parte de una lógica de gestión del conflicto basada en la profesionalización de la defensa y en la negociación económica, cuyo objetivo es amortiguar el impacto público y judicial. Al mismo tiempo, la patologización del acusado por medio de diagnósticos que lo presentan como enfermo más que como criminal introduce una estrategia discursiva que diluye su responsabilidad penal y moral, desplazando la atención hacia una supuesta debilidad individual. Y la ofensiva que intenta transformar el problema de la pedofilia en uno de homosexualidad desplaza simbólicamente la discusión, generando confusión y polarización en el debate público. Este mecanismo opera como un recurso para proteger a la institución, desviando el foco del abuso sexual infantil hacia prejuicios sociales preexistentes. En conjunto, estas prácticas ponen en evidencia que el poder no se ejerce únicamente con ayuda de mecanismos represivos o disciplinarios, sino también con estrategias complejas que involucran control de la información, gestión de la imagen pública y producción discursiva. Así, la relación entre poder y resistencia se mantiene como un juego dialéctico en el que las contraconductas de la Iglesia constituyen respuestas sofisticadas frente a las demandas de justicia y transparencia. Desde una perspectiva foucaultiana, es imprescindible analizar estos repertorios de poder y contraconductas no como polos opuestos, sino como componentes de un campo de fuerzas dinámico. La resistencia institucional organizada por

la Iglesia constituye, de hecho, una forma de gobernarse a sí misma para preservar su poder frente a presiones externas, lo que abre nuevas posibilidades para analizar la eficacia, los límites y las transformaciones de los dispositivos de poder en la contemporaneidad.

El principio de presentismo en las investigaciones arqueo-genealógicas, tal como lo formula Vázquez (2022), representa un giro metodológico significativo dentro de los estudios críticos contemporáneos. Al situar el presente como punto de partida y como objeto de análisis, este enfoque se aparta de las perspectivas historicistas que ven el pasado como una antesala necesaria o como una justificación lineal del presente. Aquí, el presente se entiende como un espacio problemático, abierto y en constante transformación, un escenario en el que coexisten continuidades, rupturas y zonas grises que obligan a un análisis capaz de integrar la historia sin convertir la actualidad en un bloque compacto. Esta orientación epistemológica permite interrogar las condiciones que hacen posibles nuevas formas de problematización y nuevos modos de pensar, comprendidos no solo como teorías abstractas, sino como acciones reflexionadas que contribuyen a moldear la vida social y política del momento, tal como sugería Castel (1994). De este modo, el enfoque arqueogenealógico mantiene un vínculo estrecho con las preocupaciones políticas y sociales que motivaron los estudios de Foucault, desde la crítica a la institucionalización psiquiátrica hasta el análisis del poder en el sistema penal o los debates sobre sexualidad y biopolítica.

El texto destaca además la necesidad de situar las problematizaciones presentes dentro de contextos concretos y movilizaciones sociales, como se observa en los casos recientes de regulación de la prostitución o del activismo intersex. Estos ejemplos muestran el valor de la arqueogenealogía para examinar no solo las estructuras de poder, sino también las resistencias y las identidades emergentes que se forman en el conflicto contemporáneo. La insistencia en la contingencia y en la transformación constante de la actualidad proporciona un marco teórico adecuado para analizar fenómenos complejos y prolongados, como la pederastia eclesiástica. En este terreno, la genealogía muestra cómo discursos antiguos pueden ser reactivados y reconfigurados en

el presente, contribuyendo a procesos de patologización y monstruización que poseen profundas implicaciones políticas y sociales. Lo que aparece como una aberración aislada revela, bajo esta mirada, una constelación histórica de saberes, miedos y estrategias que sigue modulando el modo en que pensamos, acusamos y sancionamos en la actualidad.

Conclusiones

El análisis arqueo-genealógico propuesto por Vázquez en el 2022 y desarrollado en el 2023 y el 2024, ofrece una perspectiva metodológica innovadora para comprender las relaciones de poder y las problematizaciones contemporáneas, partiendo siempre del presente como un espacio contingente y lleno de tensiones. Esta aproximación desarma la visión lineal de la historia y muestra que el presente no es el desenlace natural del pasado, sino un terreno disputado en el que continuidades y rupturas se entrelazan y se contradicen. En el estudio de la campaña anticlerical contra los curas pederastas en la España de finales del siglo XIX y comienzos del XX, se advierte con claridad cómo diversas fuerzas sociales, desde periodistas hasta sacerdotes renegados, pasando por abogados y otros actores, articulan discursos y estrategias movidos por intereses heterogéneos y a menudo incompatibles. Este caso revela la naturaleza fragmentada y plural del poder, que no fluye desde un centro unificado, sino que circula por medio de múltiples puntos de acción en constante fricción y resistencia, tal como subraya Vázquez (2024).

Asimismo, la genealogía de las identidades sexuales y de género demuestra que estas no son categorías preexistentes sino construcciones políticas y sociales generadas en contextos específicos de poder y resistencia. La historia del movimiento intersex y trans, con su evolución desde la patologización hasta la reivindicación de la autodeterminación, ejemplifica cómo las problematizaciones actuales emergen de experiencias concretas y luchas sociales que cuestionan los dispositivos biomédicos y legales dominantes. La reflexión sobre la pederastia eclesiástica y su tratamiento mediático pone en evidencia cómo discursos históricos —como la construcción del "cura monstruo"— se resignifican para producir nuevas formas de comprensión y,

a la vez, de ocultamiento de las dinámicas institucionales. Este caso subraya la necesidad de una mirada crítica que supere simplificaciones psicológicas o morales para captar las complejidades del poder eclesiástico y su interacción con la sociedad (Vázquez, 2022). La arqueogenealogía, como método de investigación, permite entender las problematizaciones actuales no como hechos dados, sino como resultados de múltiples luchas y estrategias de poder, facilitando así una comprensión más profunda y crítica de la realidad social contemporánea.

Referencias

Brown, W. (2019). *In the ruins of neoliberalism: The rise of antidemocratic politics in the west*. Columbia University Press.

Castel, R. (2001). La «problematización» como modo de lectura de la historia. En D. Kaminsky (Ed.), *El espacio institucional* (pp. 17–28). Lugar Editorial.

Foucault, M. (1970). *L'ordre du discours*. Éditions Gallimard.

Foucault, M. (1980). *Power/knowledge: Selected interviews and other writings*, 1972-1977. Pantheon Books.

Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Tusquets.

Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia* (J. Vázquez, Trad.). Pre-Textos.

Lee, P. A., Houk, C. P., Ahmed, S. F., y Hughes, I. A. (2006). Consensus statement on management of intersex disorders. *Pediatrics, 118*(2), e488-e500.

Rose, N. (1999). *Governing the soul: The shaping of the private self* (2.ª ed.). Free Association Books.

Skornicki, A. (2015). Los orígenes teológico-políticos del biopoder. Pastoral y genealogía del Estado. *Sociología Histórica*, (5), 67–91.

Vázquez García, F., y Moreno Mengíbar, A. (1997). *Sexo y razón: Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XVI-XX)*. Akal Ediciones.

Vázquez García, F. (2009). *La invención del racismo: Nacimiento de la biopolítica en España 1600-1940*. Akal Ediciones.

Vázquez García, F. (2021). *Cómo hacer cosas con Foucault: Instrucciones de uso*. Dado Ediciones.

Vázquez García, F. (2022). Excelencias del pluralismo metodológico: Sobre mi manera de usar a Foucault. *Encrucijadas, 22*(2), 1-25.

Vázquez García, F. (2023). Genealogía y poder: Una lectura crítica. En L. Morales (Ed.), *Nuevas perspectivas en teoría social* (pp. 1-25). Ariel.

Vázquez García, F. (2024). El ensayo sobre lo normal y lo patológico, ochenta años después (1943-2023). *Erytheis*, (9), 1-22.

Veyne, P. (1987). *¿Creyeron los griegos en sus mitos? Ensayo sobre la imaginación constituyente*. Granica Ediciones.